

## LA ÚLTIMA CANCIÓN

I

La cola se había transformado en un oleaje humano que rompía contra la atestada barra del bar. Yo era un náufrago de vaqueros gastados, camisa mil veces lavada y sandalias con agujeros, que se debatía en la furiosa marejada de chaquetas claras, polos chillones y zapatos de colores y materiales imposibles. Un náufrago cuya zozobra fue en aumento al comprobar, una vez acodado en la primera línea, que toda súplica era inútil frente a unos camareros que siempre encontraban un recién llegado al que servir antes. Pero no, esta vez no iba a marcharme. Lo más difícil estaba hecho: había logrado salir de casa y soportado el atasco de la siniestra N-340; me había perdido en esa urbanización de mansiones intimidantes, y aparcado de mala manera en un sitio del que luego no iba a acordarme; había sufrido las apreturas del autobús que nos subió al auditorio, y las miradas desconfiadas del personal de seguridad en el control de entrada. Y ahora estaba, por fin, en la cantera de Nagüeles, arropado por la cartelera del Festival Starlite, contando los minutos que quedaban para que comenzara el concierto. No, esta vez no iba a huir, no volvería a dejar pasar la oportunidad de ver en directo a Mi Ídolo.

¿Qué haría Él en mi lugar? ¿Él, que encarnaba lo opuesto al multifóbico y enclenque, al acomplejado y prematuramente alopécico personaje de voz de pito que yo tanto odiaba ser? Se abriría hueco a golpes de cadera, los intimidaría con su cara de galés curtido en mil peleas, y exigiría su gin-tonic con un vozarrón que la privilegiada acústica de la cantera multiplicaría... Pero yo no era Él. De lo contrario, no hubiera permitido que ese extranjero desgarrado saliera de la nada y me quitara el sitio con un leve empujón, dejándome de nuevo con una petición a medio hacer en la boca. El rubor me incendiaba la cara, las miradas de los demás se clavaban como agujijones en mi nuca. Si no salía pronto de allí, no tardaría en caer desmayado, en una porción de suelo que el estupor de la muchedumbre habría de extender hasta el infinito. Un golpecito en el hombro interrumpió mi plan de fuga: el tipo que se acababa de colar reclamaba mi atención. No le bastaba con haberme robado el turno con alevosía, a la vista de todos. Tenía que dirigirse a mí, y además en inglés, con esa naturalidad propia de los angloparlantes para asumir que todo el mundo habla su idioma, por mucho que uno se esfuerce en



desmentirlo. Tenía que ahondar en mi humillación, invitándome al gin-tonic que no había podido conseguir por mis propios medios. Tenía que abrumarme con su charla incesante, con una eterna perorata a la que yo - víctima de un violento ataque de pudor - no dejaba de asentir con la cabeza, pese a no entender ni una palabra. El alivio que sentí cuando dejó de hablar se convirtió en pavor en el instante en que se dio la vuelta y me hizo una señal para que lo acompañara. Incapaz de negarme, y sin tener ni la más remota idea de lo que me esperaba, me vi forzado a seguir sus bermudas amarillas y la camisa de lino blanco por las apretadas filas de asientos, haciendo equilibrios para no derramar mi copa, y reparando solo entonces en que mi anfitrión llevaba una en cada mano. ¿Para quién sería la otra bebida? La idea de quedar a merced no de uno, sino de dos desconocidos, me resultaba aterradora. Sentí el impulso de salir corriendo en dirección contraria, pero mis pies no me obedecían, acobardados por los gestos imperativos del inglés, y ya no se detuvieron hasta que llegamos al lugar donde nos esperaba su misteriosa compañera. Pocas veces ha logrado la realidad desbordar los delirios de mi mente aprensiva, pero ésta fue una de ellas. Porque de todas las acompañantes posibles que me había dado tiempo a adjudicarle, quizá la única que no cruzó por mi pensamiento fue esa octogenaria de cardado victoriano, estola de visón y camafeo tuerto, que comenzó a saborear su gin-tonic mientras, empapando de carmín la boquilla, se dejaba encender un Pall Mall. La señora me saludó con una inclinación de cabeza, ignorando elegantemente la mueca de sorpresa que me desfiguraba la cara. Señalándose con un dedo, pronunció un nombre que no pude retener (¿Milady?). Luego, apuntando al inglés, aclaró en un esforzado español que se trataba de su *asistente*. Todavía superado por el desconcierto, no supe qué decir. No podía ni siquiera devolver las sonrisas que los componentes de esa extraña pareja me dirigían con creciente incomodidad, como si empezaran a sospechar que tendrían que pasar el resto de la velada con un completo imbécil. Pero antes de que pudieran confirmarlo, Mi Ídolo acudió al rescate. Las luces se apagaron, y con ellas, los murmullos. La oscuridad nos había engullido a todos en un instante, de un silencioso mordisco. Y entonces apareció Él, vestido de negro, con su pelo sin teñir y la poblada perilla blanca, subiendo al escenario encorvado bajo la luz de un potente foco; como un cow-boy crepuscular que llegara justo a tiempo para salvarme, como tantas otras veces... Sólo por eso le perdoné que arrancara con las canciones de su último disco, a las que el tiempo aún no

había dotado del embrujo familiar de los clásicos. También Milady parecía contrariada, y cuando nuestras miradas se cruzaron, traté de transmitirle paciencia. Ya llegaría nuestro momento. Sonriendo, asintió, dándome unas inquietantes palmaditas en la rodilla, y mandando a su asistente a esa barra que parecía no guardar secretos para él.

## II

La llegada de la tercera ronda coincidió con el inicio, por fin, de una canción conocida, y el anticipo de algo grande tensó nuestros cuerpos con un cosquilleo más dulce que el que luego nos proporciona el recuerdo; con un escalofrío sólo comparable al que nace de la experiencia misma. *I'll never fall in love again, Green green grass of home...* Los móviles, que brillaban en la noche como mecheros en los conciertos de otro tiempo, se apagaron al unísono cuando explotó la *Sex Bomb*, incendiando la brisa nocturna de verano. Milady y yo bailábamos y nos vociferábamos, nariz con nariz (*Baby you can turn me on*), empapando de saliva nuestras caras, ante la mirada incrédula y divertida del asistente. Oía sus carcajadas, pero no me afectaban: me había convertido en otro devoto sin nombre, en un miembro más de ese coro informe que se cimbreaba al ritmo de la música y los espasmos del alcohol.

La emoción se desbordó con los primeros compases de *Delilah*, recibidos con la mano en el corazón, como un himno nacional en tiempos de guerra. (*I Could see that girl was no good for me. Why, why, whyyy...*). Las canciones se sucedían sin interrupción, Milady encendía los Pall Mall con las colillas de los anteriores, y de repente un bramido hizo temblar el auditorio. *You can leave your hat on*, rugió el Tigre, contoneándose con los pies fijos en el suelo para no resbalar en los charcos de testosterona que iba dejando en el escenario. Los movimientos de su pelvis desafiaban los tratados de anatomía (*you give me a reason to live, you give me a reason to live,...*). Los de Milady, se adentraban en el terreno de lo sobrenatural. (*You- give -me- a -reason- to -liiive!!!*).

Para entonces habíamos perdido la noción del tiempo y casi agotado las reservas de adrenalina. Parecía imposible estirar la euforia, y sin embargo, todos sabíamos que el momento inolvidable, el instante que íbamos a atesorar para el resto de nuestras vidas, estaba aún por venir. (*Pan-pará, pan-pará, pan-pará, pan-pará...*). Un orgasmo en medio de un terremoto no habría alcanzado

la categoría de bostezo. (*It's not unusual to be loved by anyone...*). Cerré los ojos y sentí que los brazos de Milady me rodeaban. Amparado en mi oscuridad, la rodeé con los míos y recibí su cabeza en mi pecho. Se dejaba llevar, desmadejada, aflojándose hasta el punto de que habría caído al suelo si yo no la hubiera apretado contra mí con fuerza. Con suavidad, le levanté la barbilla para hacer que me mirara. Había una sonrisa en sus ojos y en sus labios, pero las piernas ya no la sostenían. (*It's not unusual to see me cry / I wanna die...*).

Un presentimiento atroz me hizo tomarle el pulso. El asistente, al ver mi gesto de alarma, me arrebató bruscamente a Milady, la sentó en su regazo y le puso una mano en la yugular. De un salto se levantó, devolviéndome a la anciana, y llamó a gritos a los encargados de seguridad. Les gritaba a ellos, volvía a arrodillarse para zarandearla inútilmente, se giraba, me gritaba a mí... ¡A mí, que no podía reaccionar, que estaba absolutamente paralizado! Y no porque me abrumara la presencia física de la muerte; ni tampoco porque (ahí, sosteniendo un cadáver en medio del apretujado gentío) estuviera protagonizando la pesadilla arquetípica de cualquier neurótico. Era el fuego de una revelación lo que me había helado la sangre. Había sido testigo de un epílogo sublime, de una salida por la puerta grande, que no podría haber resultado más apoteósica ni habiéndola planeado al detalle. Morir en la capital mundial del hedonismo, escuchando a Tom Jones cantar, a pocos metros de ti, tu canción favorita; aspirando el olor de los pinos y la brisa del Mediterráneo entre calada y calada de Pall-Mall, entre sorbo y sorbo de gintonic; aullando con desconocidos al compás del Tigre... ¿O tal vez sí lo tenías pensado, Milady? ¿Era posible que, viendo asomar las orejas al lobo, hubieras diseñado tu gran despedida? ¿Que en lugar de acobardarte ante la muerte, la hubieras invitado a bailar a la luz de la luna? (*But if I see you hangin' around with anyone...*)

Unos chicos de uniforme naranja elevaron el cuerpo inerte de Milady por encima de sus cabezas, y trataron de llevársela entre los embates de la muchedumbre, que se contorsionaba insensible a la tragedia, o ignorante de ella (*It happens every day / no matter what you say*). Era una visión mística y estrafalaria, como de legionarios procesionando a pulso su Cristo de la Buena Muerte por las inmediaciones atestadas de la ermita del Rocío (*you know it happens all the tiiiime*). Finalmente, lograron abrir un pasillo por el que

avanzaron acompasando sus movimientos a los de la multitud, manteniendo así el ritmo, como bailarines que pasearan a la vedette en un número musical. El vaivén hizo que la cabeza de Milady cayera hacia atrás, hacia mí, como si me hubiera buscado con la mirada una última vez, antes de salir de escena. Aún sonreía. Un ojo se le cerró, y en el que quedó abierto me pareció distinguir un brillo de complicidad.

*Why can't this crazy love be miiiiiiiiiiiiiiiiine?*

**Luis Felipe Mora Durán** ha sido galardonado con el **primer premio del V Concurso de Relatos Marbella Activa**. Abogado de profesión, es autor de diversos relatos, algunos de los cuales han sido publicados en revistas como *Letra Clara*, de la Universidad de Granada, o *1931*, revista oficial del Granada CF. Aunque actualmente reside en esta localidad, la mayor parte de su vida ha transcurrido en Marbella.

